

'The Gold': el relato del mayor robo de oro de la historia británica

En Filmin. La miniserie cuenta el impresionante episodio con la precisión de las mejores producciones inglesas y un vasto y realista reparto

CARLOS G. FERNÁNDEZ



Se está convirtiendo en una especialidad de Filmin: las series policiacas británicas no faltan nunca en su catálogo, muchas de ellas con el sello de la BBC o de Channel 4. Aquí está la BBC y también Paramount, de reciente actualidad por su cortejo —la opa hostil— a Warner Bros. No importa: la historia que cuentan, desde luego, merecía una miniserie. Era 1983, y comienza con un atraco: ideal para prender cualquier arco narrativo que se precie. Gritos, disparos al aire, inmensas cajas de seguridad. Hasta ahí todo normal, pero la gracia es que el anodino botín que buscaban tiene al lado tres toneladas de lingotes de oro puro, tres mil kilos que suponen un futuro lejano resuelto... y un futuro inmediato bastante emocionante. Será conocido para siempre como el oro del Brink's-Mat (donde se produjo el atraco), y es el evento histórico que vamos a conocer, dramatizar, convertir en cine.

Policías y ladrones. Les seguiremos a ambos, aquí la gracia no estará en averiguar quién lo hizo, pues lo sabemos desde el minuto uno, sino todos los procesos que se disparan: un bando tiene que conseguir, subrepticamente, que el oro (lo incriminatorio) vaya desapareciendo. El otro tiene que lograr atar todos los cabos antes de que se esfume el último lingo-

te. Y los personajes no son cuatro o cinco, 'The Gold' es una verdadera procesión de rostros que logran ser a la vez desconocidos (Hugh Bonneville es el que más nos puede sonar por su papel en 'Downton Abbey') y enteramente creíbles. Algunos de ellos (por destacar un par, los de James Nelson-Joyce y Sean Harris) son además muy expresivos de por sí, sus propias caras tienen virtudes narrativas casi innatas.

La serie viajará a lugares tan remotos como Sierra Leona o tan conocidos como Tenerife. Algunos de los afortunados con la aparición súbita del oro pasearán su fortuna por la Costa Azul o Brasil, con diversos grados de suerte. Al tener tantos personajes, somos capaces de ver todo un catálogo de actitudes humanas ante una misma realidad. Quién lleva peor o mejor la ostentación, la familia, el trabajo duro, quién es más soberbio o más sobrio, quién se vuelve mafioso o consigue mantener los pies en el suelo. Y es que fueron muchos lingotes, unos veinticinco millones de libras de entonces. Es muy difícil mantenerse siendo el mismo.

Hay mucho que recae sobre los hombros de Hugh Bonneville: será el capitán del grupo policial creado ex profeso para resolver este entuerto. A pesar de algunas grandilocuencias no del todo necesas-



El actor británico Hugh Bonneville ('Downton Abbey') es el policía al mando para tratar de resolver el robo. R. C.

rias, queda claro que además de una carrera precisa contra los criminales, juegan una partida difícil contra todo tipo de adversidades, y la corrupción policial es una de ellas. Se despiertan poderes antiguos que nadie quiere tener en contra, y alguno de los criminales no estaba tan mal conectado, no era tan enteramente anónimo como parecía. Es interesante el apartado judicial, una vez la temporada está avanzada, que muestra esas salvaguardas a las que siempre puede acogerse un reo cuando no hay suficientes pruebas. Lo que pasa es que los espectadores sí sabemos cuándo se miente y cuándo se dice la verdad. Así es más fácil.

Trauma infantil

Algún personaje, efectivamente, es más plano que otros. Sobre todo en el lado de los villanos. Por eso la serie se centra más en los dos personajes con más pliegues: John Palmer (Tom Cullen) y Ed-

wyn Cooper (Dominic Cooper). Este último parece un añadido a la historia que no existió como tal, o no con este nombre. Ambos tienen conflictos reales con lo que están haciendo, y a los dos se les añade un componente de trauma infantil para intentar hacerles más tridimensionales, aunque toda la retórica de la imposibilidad de escapar del pasado ya esté bastante vista. Los dos intérpretes son soberbios y más sutiles que Jack Lowden, que es algo más salvaje y psicópata pero funciona igual de bien.

En el lado policial destaca la pareja de 'juniors' que se topa con la investigación. Los interpretan Charlotte Spencer y Emun Elliott (que tiene un parecido espectacular con nuestro Nacho Fresneda, eterno agente de 'El ministerio del tiempo'). El sentido del deber de casi todos los implicados en resolver el caso es exagerado, hasta sospechoso, pero al fin y al cabo estamos ante una miniserie

policial donde las manzanas podridas están claramente diferenciadas de los voluntariosos y vocacionales currantes de comisaría. Toda la puesta en escena, pese a no tener nada de revolucionaria, funciona con toda la precisión necesaria para mantenernos dentro, enterados, intrigados y absortos. La estética eternamente nublada, esos filtros granulados para meternos en su tiempo y esa contención en las interpretaciones reman en la misma dirección. Solo al principio del primer episodio hay una secuencia, una mirada alucinada a cámara, que podría diferenciarse mucho del resto. Si echamos algo más en falta es contexto social, los difíciles ochenta británicos: este robo podría haber sucedido dos décadas antes o más tarde y daría igual para la serie.

Por cierto, hay ya una segunda temporada. Solo falta que, como alguno de los ladrones protagonistas, venga a España.

CRÍTICA DE TELEVISIÓN
JOSÉ ENRIQUE CABRERO

Vecna y el tiempo



El salón de Bruno tenía forma de ele, con estanterías a un lado y una larga mesa de comedor al otro. Creo que había otra mesa, una más pequeña y redonda, que movimos levemente para que

estuviera justo debajo de la ventana. Antes de empezar, Bruno, que siempre fue un amante de las bandas sonoras, nos contó que tenía preparada una lista de cedés para ir cambiando la música. Usábamos el

tablero de Hero Quest, pero Jesús, el master, había escrito una historia que nada tenía que ver con el juego de mesa. Aunque sí que usábamos las figuras, que eran muy chulas.

Llevaba unos días defendiendo que el final de 'Stranger Things' sería un viaje en el tiempo, que es lo que hacen todas las series y películas últimamente. Creo que acerté. No, Will, Mike, Lucas, Dustin, Max y todos los demás no se montan en un Delorean y regresan a su

infancia para arreglar las cosas. Tranquilos, no les destriparé el final. Pero creo que habrá muchos como yo que, sin querer, sí que viajaron atrás en el tiempo.

Eso fue siempre 'Stranger Things', una pandilla de amigos (el tipo de amigos que Rob Reiner filmó en 'Cuenta conmigo') que juega a 'Dragones y Mazmorras'. Al terminar las dos horas del último capítulo, tuve que buscar la fecha en la que se estrenó la serie. Dios, fue hace casi 10 años. Una década en la

que se ha estirado y forzado tanto la historia que habíamos olvidado de qué iba esto. Que alguien me explique lo de los militares, porque no hay manera...

En la batalla con Vecna me vino la melodía de 'El último caballero', la banda sonora que Bruno eligió para terminar nuestra partida de rol. La vida es una tirada de dados que no podemos controlar. Pero sí podemos elegir a quién tenemos a nuestro lado para contar la historia. Yo también creo.